

Entrevista a Gerardo Piña-Rosales en su cámara oscura

Interview to Gerardo Piña-Rosales in his darkroom

Daniel R. Fernández

Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) y ANLE

No es esta la primera vez que sigo este camino. Raudas ruedas sobre indiferente asfalto, alegre y sereno me lleva mi auto, como muchas otras veces, por la Garden State Parkway, de Monclair, Nueva Jersey a Valley Cottage, Nueva York. El recorrido parece largo pero no lo es, por muy interestatal que este sea: tan solo 35 millas me separan de mi entrañable amigo, mi hermano mayor, mi imprescindible carnal Gerardo. Sí, Gerardo Piña-Rosales. Sé que al salir de la autopista, luego de conducir un par de minutos más por dos o tres calles del apacible pueblo hudsoniano donde vive, y nada más topar con la Gateway Drive, giraré a la izquierda donde mi vista admirará de nueva cuenta la fachada de esa magnífica y espaciosa casa doble, estilo *split-level*, llamada La Galisteia, donde vive Gerardo, con sus hijas y sus gatos. Casi nunca dirijo mis pasos hacia la izquierda, donde se encuentran las escalerillas que llevan a la puerta principal, sino a una puerta lateral, donde Gerardo tiene lo que él llama su Madriguera (estudio-biblioteca), junto a un riachuelo y a un copudo olmo centenario. He estado frente a esta puerta muchas veces. Y, sin embargo, esta vez es decididamente diferente. He venido hoy pertrechado de bolígrafo, cuadernillo, grabadora digital, con el objetivo de hacerle una entrevista a Gerardo en toda regla, por encargo de Silvia Betti, amiga mutua y directora de *Glosas*.

Es casi imposible describir lo que el visitante, sea primerizo o asiduo, encuentra a primera vista detrás de esta puerta. Nada más abrirla, su mirada se ve avasallada por una apabullante avalancha de libros, retratos, objetos de toda laya, cosas todas que parecen disputarse encarnizadamente cada rincón, recoveco y arista de este enorme espacio sin espacio. Gumías marroquíes sobre una repisa mirando aprensivas y recelosas la chulería de un florete renacentista italiano sobre en una torre de libros a punto de desplomarse.

Desde lo alto de esta precaria torre de papel y tinta (hay varias) vigilan acechantes los ojos negros, de pozos sin fondo, de una pareja de pistoletos otomanos, olorosos

Profesor, investigador y crítico literario. Nacido en la ciudad de Los Ángeles, California, criado entre México y los Estados Unidos. Comienza sus estudios universitarios en la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), institución de la cual egresa con una licenciatura en Lengua Española y Letras Hispánicas. Algunos años más tarde se doctora por la Universidad de Columbia (Nueva York).

Es actualmente catedrático de Literatura Mexicana e Hispanoamericana en la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY), recinto Lehman College. Se integra en la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) en calidad de colaborador en el año 2005. Es incorporado como miembro de número en el año 2016 con un discurso sobre Carlos Fuentes y la frontera. Es miembro de la Junta Directiva de la Academia y su coordinador de información.

Ha participado en múltiples congresos, presentaciones y actos culturales en representación de la Academia. Coeditó con Gerardo Piña-Rosales, Jorge I. Covarrubias y Joaquín Segura el libro de consejos idiomáticos Hablando bien se entiende la gente (ANLE/Santillana, 2010).

Sus artículos y reseñas han aparecido en Revista Hispánica Moderna, Ventana Abierta y Revista Literaria Baquiana, en la Enciclopedia del Español en los Estados Unidos (Santillana) así como en la Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (RANLE) y en el Boletín (ANLE), entre otras publicaciones.

C.e.: drfernandez19@gmail.com

aún a pólvora. Si el ala de una incauta mosca llegara a derribar la torre biblio-babilónica, esta sofocaría, sepultaría, la rebelión de una brigada de viejas pipas acampadas en un antiguo banco de ordeñar cabras. En un rincón del estudio-biblioteca se ha hecho fuerte un laúd turco esperando los primeros acordes pendencieros de una guitarra apostada en el rincón contrario. Desde los anaqueles, al borde del precipicio, observa y aguarda una abigarrada jauría famélica y carroñera, presta a arrojarse desde las alturas al festín de los despojos y destrozos de la batalla: estatuillas y figurines de todo tipo, artesanías, unas castañuelas españolas, un par de maracas antillanas, cámaras y lentes viejos, alebrijes, varios juguetes del tercer mundo (¿o será del cuarto?) hechos de madera, de lata, baratijas de tianguis, antiguallas y curiosidades añosas de mercado de pulgas, una mano de yeso de tamaño natural, rota, amputada de alguna estatua olvidada, un santo de pueblo hecho polvo, una taza guanajuatense en forma de pecho femenino, lagartijas, iguanas, serpientes de plástico, ratas disecadas, esqueletos de ratones y otros roedores, cráneos, huesos sueltos de bestezuelas de identidad desconocida e indeterminable que su curador ha recogido por la vida y sus caminos.

Mientras tanto, una maniquí tamaño natural, desnuda, de espesa cabellera azabache, bombín y lápiz labial carmín se siente segura de su revulsiva belleza, aunque sea manca. Ni falta que te hace el brazo, parece decir la desencajada mandíbula del galán que la acompaña: un descarnado esqueleto, de tamaño natural, tocado de boina, envenenado por los malditos celos. Ah, y luego están, que no se nos olviden, las marionetas que penden del techo como si fueran simios saltando de rama en rama y de estantería en estantería, chillando, desternillándose y mofándose de todos y de todo: títeres tétricos y tenebrosos de muchos tamaños y procedencias, esqueletos liliputienses, dos o tres polvosas panderetas, un papalote mexicano maltratado por los vientos del nordeste, un negro y siniestro pajarraco suspendido en el aire (el cuervo de Edgar Allan Poe, asegura el dueño). Pero el objeto máspreciado, el emperador entre toda esta flora y fauna, es un cráneo humano hallado en Víznar, cerca de Granada, que le regaló a Gerardo un estudiante de medicina, allá por los años sesenta. “¿Será esta la cabeza de Federico García Lorca?”, le pregunto. “Quién sabe, quién sabe”, me responde, sonriendo socarronamente.

Estamos aquí, que no quepa duda, donde no cabe ni un alfiler, en esta extraña mezcla de inframundo, caverna de Alibabá, librería de viejo, laboratorio de alquimista o nigromante, museo de montuosidades, *freakshow*, sótano de revelado de voyeur, sacristía de cura onanista, altar de torero suicida, alcoba de ardiente amante necrófilo, relicario del sacrílego ladrón de capillas, catacumba, osario de seres anónimos, maltratados y malqueridos por el mundo, materialización surrealista del inconsciente de un artista delirante. Este espacio, aunque me sea familiar, nunca deja de producir en mí un algo de extrañeza, de inevitable desasosiego. Pero también, por qué no decirlo, tras los primeros instantes de zozobra, alegría, buen humor, risa, y hasta algo parecido al sosiego, a la paz. Es aquí a donde hemos venido a charlar con Gerardo Piña-Rosales, quien luego del abrazo de rigor y las animosas palmadas en la espalda, ha sacado dos sillas de no sé dónde y las ha dispuesto una frente a la otra. Tomamos asiento sin mayor ceremonia. Estamos en casa.



En La Madriguera - GPR

Daniel R. Fernández: *Si hemos de empezar, por qué no hacerlo desde el principio, ¿no te parece? Y ese principio tiene su propio escenario, su propio marco y atmósfera. A ver, Gerardo, cuéntanos un poco sobre ese mundo que te atrae tanto, me refiero a ese espacio comprendido entre la Línea de la Concepción, Gibraltar y Tánger. ¿Qué importancia tiene para ti?*

Gerardo Piña-Rosales: Una importancia –literal y metafóricamente– vital. Nací en La Línea de la Concepción, pueblo sufrido si los hay, olvidado por los gobiernos de izquierdas y de derechas, a la sombra siempre del Peñón, su razón de ser. Milagrosamente la casa todavía está en pie, en la calle Pedreras, junto a la que fue fábrica de corcho. Y a un tiro de piedra de la casa: el Estrecho de Gibraltar: Calpe y Abila.



La Línea, septiembre 2007 - GPR

Del Peñón era mi madre, y en la Roca están enterrados mis abuelos maternos. Siempre que voy a Gibraltar, después de cruzar la verja y esperar que aterrice el avión que viene de Londres, visito el cementerio. La última vez que fui, un par de gatos, al ver que me acercaba, se escabulleron por un hueco abierto en la lápida. Fueron unos segundos, los suficientes para sacar una foto.



Apenas he vivido en La Línea. Mis primeros cuatro o cinco años transcurrieron en Málaga. Mi padre pensaba que en una ciudad grande podría ganar mucho dinero. Y lo ganó. En Málaga vivíamos también cerca del mar, muy cerca del Hotel María Cristina. Por razones que no vienen a cuento, mi familia emigró a Tánger en 1956. Pero durante todos esos veranos me pasaba al menos un mes en La Línea, en casa de mis tíos. Me veo sentado en un escabel junto al pozo leyendo tebeos (hoy les llaman cómics), a los que siempre fui muy aficionado: El Guerrero del Antifaz, El Capitán Trueno, Roberto Alcázar y Pedrín, y tantos otros.

Considero un verdadero privilegio haber vivido en Tánger durante mi adolescencia y primera juventud. Fueron años decisivos en la formación de mi personalidad. Siempre me he considerado una persona sin prejuicios, feliz de haber crecido en un entorno cultural y lingüísticamente mestizo. En Tánger, y ya talludito, me eché mi primera novia, Zayneb, de padre marroquí y madre catalana. En 1968 comencé la carrera de Derecho en la Universidad de Granada. Fue un fracaso total. De aquellas plúmbeas materias solo me interesaban la historia del derecho, el derecho romano, más por lo que tenían de historia que de leyes.



Plaza de toros y mezquita. Tánger - GPR

DRF : *De Granada a Estados Unidos, ¿qué es lo que lleva a ese joven músico en ciernes, de vocación artística y bohemio a dar ese paso tan drástico y decisivo en tu vida? ¿Cómo llegas a Nueva York y dónde vives esos primeros años? ¿Cómo te ganas la vida?*

Aquel año de 1972 en Granada, estudiantón ahora de Letras, conocí, a comienzos del curso universitario, a una chica americana, de Nueva York, estudiante de lengua y literatura españolas: Laurie Norwin. Era judía, de orígenes húngaros por parte materna e irlandeses por su padre; su español era impecable, y lo hablaba con un ligero acento sudamericano. Recuerdo vívidamente aquella tarde de lluvia en que caminamos por la Gran Vía granadina y nos refugiamos en el café Suizo. Había comenzado un amor que duraría hasta que hace unos meses un cáncer de páncreas se la llevó de este mundo. Ya te puedes imaginar el golpe que su muerte ha supuesto para mí y mis hijas. Pero la vida sigue, y no tengo más que una, así que debo vivir hasta que el destino quiera.



Laurie en tres instantáneas - GPR

GPR: Zayneb me dejó por otro (como dice la canción), y yo, por cambiar de aires, me fui con un amigo de Linares, a Salamanca, docta y venerable ciudad en la que me corrí unas juergas de muy señor mío, a lo Torres Villarroel. Me había hecho amigo de un grupo de gitanos. A ellos les gustaba cómo tocaba yo la guitarra, y a mí me fascinaban sus historias y sus cantes.



Plaza Mayor de Salamanca - GPR

DRF: En esos primeros años neoyorquinos también se da un cambio importante en tu vida. Sin dejar la guitarra completamente de lado, tu vida toma otro derrotero en lo que respecta a la carrera que decides seguir. ¿Cómo es que decides dar este paso?

Mis primeros años en Nueva York no fueron fáciles. Tuve que aprender inglés, porque lo poco que había aprendido en la American School of Tangier no me servía de mucho. Aquella Nueva York de los setenta era de una tremenda sordidez. Sí, los puentes, el Hudson, el MoMa, el Empire, etc., todo eso estaba muy bien, pero en general la ciudad me parecía un horror, una pesadilla. Había vagabundos bajo los aleros de los puentes, hombres que dormían entre cuatro cartones en lo más crudo del invierno. En fin, no puedo detenerme ahora en describir aquellos primeros años. De no haber sido por Laurie, me hubiera vuelto a España a los pocos meses. Pero me quedé. Y había que ganarse la vida. Un día vi en el *Diario/La Prensa* un anuncio donde buscaban guitarrista para el cabaret Chateau-Madrid (hoy desaparecido). Y no corto ni perezoso, me fui en metro desde el Bronx, donde a la sazón vivía, hasta el cabaret (que estaba por la calle 70 y Lexington). El gerente del local, un tal Rugiero, argentino, me ofreció 150 dólares a la semana, más el almuerzo. Tenía que tocar piezas del repertorio clásico y flamenco, y algún que otro bolero romántico. Aquello era un bar, con unas cuantas mesas y sillas en torno a la tarima donde yo actuaba. Los camareros iban y venían, con bandejas de cubalibres y caipiriñas, con tapas de aceitunas y tortilla española. Los parroquianos me hacían poco caso. Pero a mí me daba igual. Mi vida de entonces, y algo de la de después, se presta para una novela picaresca.



The Bowery, New York City, 1976 - GPR

DRF : *¿Qué recuerdas de esos años del Graduate Center? ¿De tus profesores? ¿De tus estudios y tesis doctoral?*

GPR: Después de mi aventura como guitarrista en el Chateau-Madrid (donde por cierto conocí una noche a Olga Guillot, a quien después saqué en mi novela *Los amores y desamores de Camila Candelaria*), me presenté como profesor de guitarra en un estudio de música de la calle 42, en un viejo edificio de ladrillos (que años después ardería en un incendio). El director (por llamarlo de alguna manera) se llamaba López (aunque usaba diferentes heterónimos), y era puertorriqueño, veterano de la guerra de Corea. Me pidió que tocara, y, feliz como si conmigo hubiera ganado la lotería, me contrató. De música el buen López sólo sabía las escalas que practicaba una y otra vez en una vieja trompeta, y poco más. Pero Manhattan no tenía secretos para él. Se convirtió en mi Virgilio boricua. En el Nathans de la calle 43 y sexta me invitaba de vez en cuando a café y donas, y me presentaba a sus amigotes, a sus compinches, tan excéntricos y craqueaos como él. Lo dije antes: la picaresca.

Pero yo sabía que mi futuro no estaba en la música sino en la literatura, pasión de mi vida. De modo que, después de casarnos, nos mudamos a una casita en Jewel Avenue, en Queens, no muy lejos de Flushing Meadows Park. Laurie encontró enseguida trabajo en una compañía de exportación a Latinoamérica, y yo me matriculé en el Queens College, donde acabé la licenciatura iniciada en Granada. Tuve suerte. Conocí a estupendos profesores como Andrés Franco (mi director de tesis doctoral), Ottavio Di Camilo, Jerald Green, Francisco Márquez Villanueva y otros. Pasé después al Graduate Center, que se ubicaba por entonces en un rascacielos de la calle 42, frente a Bryant Park. El jefe del departamento de español era Martin Nozick, conocido por sus estudios sobre Unamuno. Me apreciaba mucho. El pobre había sufrido un derrame cerebral y se encontraba muy deprimido. Traté de ayudarlo a ver si se recuperaba, pero había perdido el deseo de vivir. Como en Queens College, conocí en el Graduate Center (donde poco después yo mismo enseñaría) a grandes profesores: Ildefonso-Manuel Gil, Albert Sicroff, Isaías Lerner, Thomas Mermall, Marlene Gottlieb y otros. Durante ese tiempo trabajé como director de clases en el Spanish Institute, en la 68 y Park Avenue. Mis peripecias en lugar tan linajudo merecen toda una novela. ¡Picaresca, of course!



DRF: Sé, porque me lo has mencionado antes, que el año de 1985 ocupa un lugar privilegiado en tu vida y memoria. ¿Por qué? ¿Qué pasa ese año?

GPR: Pues nada menos que haber tenido una hija, Mariel, y haberme doctorado de la City University of New York. El tema de mi tesis doctoral fue la narrativa del exilio español republicano. Fueron años maravillosos. Había conseguido un puesto en el Lehman College. Tenía ante mí un futuro brillante. No sé si lo habrá sido, pero recuerdo aquellos años con alegría.



Mariel con Milena - GPR

DRF: Y a Odón Betanzos Palacios, antiguo director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, ¿cómo y dónde lo conoces? ¿Qué supone para ti conocerlo y entablar una amistad y relación de trabajo con él?

GPR.: Fue precisamente en el Graduate Center donde conocí a Odón Betanzos, que terminaba por entonces su tesis doctoral sobre Miguel Hernández. Como buenos andaluces, enseguida nos pusimos a charlar, y nos hicimos amigos. Odón ya era director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Al poco tiempo, y para que reemplazara a Gumersido Yepes, me pidió que me encargase de la secretaría de la ANLE. Por aquel entonces, en el grupo neoyorkino de la ANLE, se encontraban, además de Odón, el también andaluz, profesor en St. John's University, Nicolás Toscano; el aragonés Joaquín Segura, experto en teoría y práctica de la traducción, antiguo redactor de *Life en español*; Theodore S. Beardsley, presidente de la American Hispanic Society; José Antonio Cubeñas, historiador cubano; Mordecai Rubin, de Teachers College, Columbia University. Años después os incorporasteis tú y Jorge Ignacio Covarrubias. No voy a referirme ahora a la obra literaria de Betanzos. Hace años que, en su homenaje, edité un libro sobre su poesía con artículos de diferentes autores sobre su poesía: *Odón Betanzos Palacios o la integridad del árbol herido*. Me limito a decir que su mejor poemario, a mi juicio, es *Sonetos de la muerte*, dedicado a la memoria de su hijo, fallecido, aun joven, en un estúpido accidente. Hicimos muchos viajes juntos: a México, a Panamá, a Guatemala, a España, etc, casi siempre para intervenir en congresos de la ASALE.

Cuando Odón murió en 2007, tras un breve periodo de transición, fui nombrado director de la ANLE. Lo he sido hasta el pasado diciembre. Han sido muchos los años de trabajo constante, pero creo que ha valido la pena. Hoy, la ANLE es una academia admirada y respetada. Y seguirá adelante, ahora con Carlos E. Paldao, un hombre con gran experiencia como educador y de una extraordinaria capacidad de trabajo.



Odón Betanzos Palacios - GPR

DRF: Gerardo, al entrar en tu estudio-biblioteca se encuentra el incauto visitante de inmediato ante la mirada penetrante, escrutador, y la irónica sonrisa del joven Franz Kafka, que parece exponerte, desnudarte y a la vez arroparte, protegerte. Sí, me refiero a esa foto que tienes ahí. Dime, ¿por qué Franz Kafka? ¿Por qué está tan presente no solo en esa fotografía sino también en tu pensar y hacer?

GPR: Creo que leí por primera vez *La Metamorfosis* allá por los años sesenta, en alguna edición de Alianza. He releído recientemente toda su obra –además de su extensa correspondencia– en la edición de Galaxia-Gutenberg. He leído todo lo que he podido sobre sus escritos, sobre su torturada y malograda vida, etc. A mí no me cabe duda de que Kafka fue un ser excepcional, y en todos los sentidos. Es más, yo diría que Franz Kafka, fue una especie de santo laico, de una pureza y de una bondad extraordinarias. Como escritor, nos presenta un mundo absurdo, cruel, deshumanizado, donde el hombre –el mismo Kafka– es víctima de fuerzas invisibles, esquizoides, destructoras. Pero un mundo, también, donde alienta la sonrisa, donde la vida es una aventura, una feliz esperanza: *América*. Su prosa es siempre precisa, sin concesiones. ¡Lástima no poder leerlo en alemán!



Franz Kafka en su laberinto - GPR

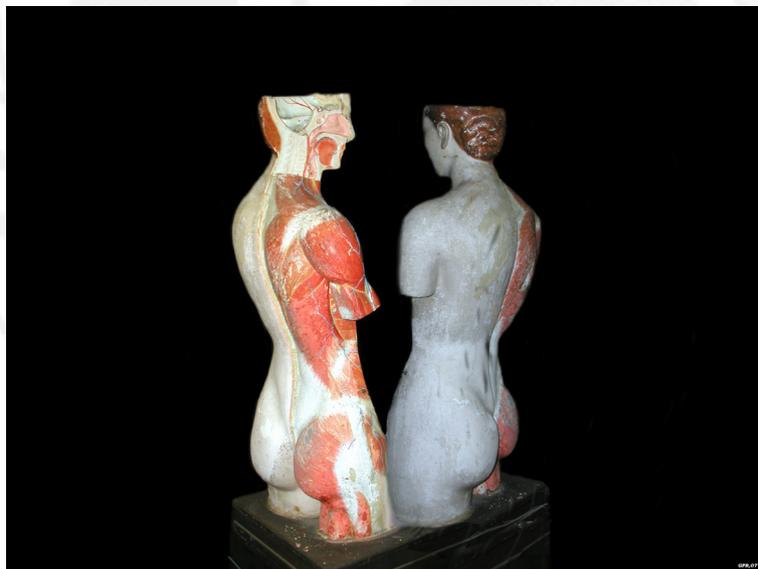
DRF: *Y aparte de Kafka, ¿qué otros autores y lecturas te han marcado o han dejado su huella en ti?*

GPR: Desde niño he sido un lector voraz. El placer de la lectura es un regalo divino. Leer para vivir más. Siento cierta displicente lástima por personas que dicen aburrirse cuando leen una novela, por ejemplo. En mi casa de Tángier había pocos libros, pero con el tiempo llegué a tener varios miles.

Hoy, en mi Madriguera, ahí los tienes, en estantes combados por el peso, habrá seis o siete mil volúmenes. He leído siempre, y de todo. La mención de un autor desconocido en un libro me lleva a conocer a ese autor. Un libro me lleva a otro libro, y éste a otro. Toda una constelación de voces y de ecos.

El escritor se alimenta de todo lo que lee. Ahora bien, hay autores que por afinidades electivas me gustan más que otros. En primer lugar, quiero repetir lo dicho en otras ocasiones: que para mí la división entre literatura española y literatura hispanoamericana es absurda, espúrea y estéril.

Españoles e hispanoamericanos, y, de refilón, con portugueses y brasileños, formamos un orbe común, una historia y una lengua compartidas. De todos modos, la literatura, es siempre (o debería ser) literatura comparada. Por eso, sea en traducción o en el original, he incursionado en la literatura de otros países. Más que autores, pienso en obras: el *Quijote* de Cervantes; el *Periquillo Sarniento* de Lizardi, *La Regenta* de Clarín, *Los cantos de Maldoror* de Ducasse, *Crimen y castigo* de Dostoyewski, *Ulysses* de Joyce, *A la Recherche du Temp Perdu* de Proust, *The Delicate Prey* de Bowles, *The Place of Dead Roads* de Burroughs, *El lobo estepario* de Hesse, *Terra Nostra* de Fuentes, *Larva* de Julián Ríos, *Tiempo de silencio*, de Martín-Santos; la *Reivindicación del conde Don Julián* de Juan Goytisolo, y tantos y tantos otros.



Amores truncos - GPR

DRF : *Quisiera preguntarte ahora sobre el que es, junto a la música y la literatura, otro de tus grandes amores. Me refiero por supuesto a la fotografía. Es obvio que te acompaña siempre vayas a donde vayas y estés donde estés. He de dar fe aquí de que son muy pocas veces, contadísimas de hecho, las que te he visto en la calle sin tu cámara fotográfica, ya sea colgada del hombro o dirigiendo el objetivo hacia algún objeto o punto del espacio.*

GPR: En el bachillerato, allá en el Instituto Español de Tánger, tuve profesores magníficos. Yo creo que mi afición a las artes la despertó el profesor Manuel Segura. Por aquellos años mi padre me regaló una Voigtlander, una cámara en la que había que hacerlo todo: velocidad de exposición, apertura del diafragma, enfoque. Con esa misma cámara hice mis primeras fotos de Nueva York. Soy consciente de que la fotografía depende, en mayor o menor medida, de una máquina; pero si tras el visor no hay una inteligencia, un gusto, una mirada personal, la fotografía, por lo menos desde un punto de vista artístico, no vale gran cosa. Fotografiar es descubrir y dar testimonio de una realidad personal, intransferible. Soy, como casi en todo, muy ecléctico; y sin embargo hay ciertos temas que me atraen. Y, como en la literatura, también en la historia de la fotografía tengo mis autores favoritos: Eugene Atget, con esos siniestros maniqués que sonríen tras el vidrio de una vieja sastrería; Nadar, y sus retratos de Baudelaire; Clarence Laughlin, y sus fotos de prostitutas de New Orleans; Walker Evans, con sus tomas de las antiguas plantaciones en el Sur; Edward Weston, con sus imágenes de Point Lobos; Álvarez Bravo, con sus fotos del desierto jaliscense (por donde anduvo también Juan Rulfo, cámara en mano); Diane Arbus, con sus retratos de gente marginada, y un largo etcétera. El acto de fotografiar sigue siendo para mí algo mágico, liberador.



El ojo que ves - GPR

DRF : *Hace un par de semanas me enviaste el enlace a un ciber sitio donde estás colocando fotografías selectas de tu autoría (dirección de ciber sitio). Dime, ¿qué le lleva a emprender a este hombre de tinta y papel, de gustos más bien táctiles, a emprender esta aventura ciberespacial? ¿Cómo organizas el material? ¿Cómo seleccionas las fotos que muestras?*

GPR.: A lo largo de los años he ido acumulando negativos, diapositivas, en blanco y negro y en color. Mi Archivo Fotográfico Digital contiene miles y miles de fotografías. De ese archivo he comenzado a seleccionar fotos para mi nueva web fotográfica. Hasta hace poco, solo había publicado mis fotografías en soportes de papel, en libros y revistas. Las fotografías están agrupadas en series: Abstracciones, Callejeando, el Valle del Hudson, etc.

Estas primeras series se pueden ver en: <https://www.pinarosales.com>

